

La revuelta conformista

El 68 y los jóvenes

NICOLA CHIAROMONTE

Edición y notas de Cesare Panizza

Prólogo de Mary McCarthy

Traducción de Salvador Cobo

Colección Herejías, 11

Índice

PRÓLOGO

Historia de una persona seria, Mary McCarthy.....7

NOTA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA.....13

Juventud rebelde, abril 1965.....17

Los jóvenes y la política, febrero 1967.....25

La nueva izquierda, septiembre-octubre 1967.....30

La revuelta de los estudiantes, marzo-abril 1968.....35

Razonemos, marzo-abril 1968.....41

Francia en tela de juicio, junio 1968.....54

La derrota francesa, julio 1968.....59

Los exámenes de octubre, agosto 1968.....64

Violencia y no violencia, agosto 1968.....69

Una sociedad amotinada, diciembre 1968.....86

Fanatismo político en los tiempos de la duda, diciembre 1968.....90

Progreso y felicidad, dos mitos perdidos, febrero 1969.....94

¿Existe este «sistema» contra el que se rebelan los jóvenes?,
febrero 1969.....98

Todos somos violentos, abril 1969.....102

Modernos a la fuerza, mayo 1969.....106

Una revuelta aparente, mayo 1969.....110

Las masas salvajes, septiembre 1969.....114

Palabras confusas, diciembre 1969.....118

Quemarse a lo bonzo, febrero 1970.....121

Yo defendiendo el consumo, noviembre 1970.....125

Somos hijos del pasado, diciembre 1970.....129



En el sofá, sonriéndose, Nicola Chiaromonte y Mary McCarthy. A sus espaldas, en el medio, Hannah Arendt y Dwight Macdonald (1966)

Historia de una persona seria

MARY MCCARTHY

Conocí a Nicola durante el verano de 1945. Antes nos habíamos visto un par de veces, pero de pasada, ni él ni yo recordábamos muy bien dónde ni cuándo. Ese verano, en cambio, trabamos amistad. Estábamos cerca del mar, en el cabo Cod, en Nueva Inglaterra. Nicola tenía una cabaña junto a la playa, por donde en ocasiones venía también Niccolò Tucci, como un ave de paso. La playa era magnífica, inmensa, al otro lado de un bosque tupido. De noche hacíamos picnics a la luz de la luna y nos bañábamos desnudos, en una agua fosforescente, bellísima. De día me llevaba la máquina de escribir a la playa desierta, y allí, sin sombrilla ni nada, con la arena entrando continuamente en el teclado, intentaba trabajar. Chiaromonte me había dado a conocer a Simone Weil, y yo estaba traduciendo un ensayo suyo precioso sobre la guerra de Troya*.

Por aquel entonces me acababa de separar de Edmund Wilson; todavía no me había divorciado, pero lo habíamos dejado. Yo encontraba a Nicola adorable. Lo recuerdo con un delantal atado a la cintura, un delantal celeste con volantes, mientras limpiaba la cabaña. Llegué una mañana y me lo encontré así. Me gustaba mucho ese espectáculo, porque a Edmund Wilson jamás lo había visto con un delantal. Nicola era un gran nadador y adoraba el

* *La Ilíada o el poema de la fuerza*, que aparecería publicado en el segundo número de *politics* en 1945. (N. del T.)

mar. Era fuerte, y ducho en algunas cosas; en otras un poco torpe. Por ejemplo a la hora de montar a caballo: nunca se le dieron bien. Y era guapo. Esta mañana le he mirado en su lecho de muerte, y no había cambiado mucho desde entonces.

Quien sólo lo haya conocido ahora, tan serio, no puede imaginar lo divertido que era cuando tenía cuarenta años. Había muy cerca una escuela de psicoanálisis; de vez en cuando venían de ahí para explorar nuestra playa. Nicola les tomaba el pelo, y ellos cada vez sentían más curiosidad por él, y también por Tucci. Querían conocer su mecanismo interno, sus motivaciones, y no entendían nada. No conseguían clasificar en modo alguno a personas tan cristalinas.

Entre nosotros se hablaba de todo, así como con los amigos que venían a visitarnos. Uno de los más asiduos era Dwight Macdonald, el director de *politics* (con pe minúscula). Por aquel entonces Nicola colaboraba con más revistas, como *Partisan Review* o *The Nation*, pero sobre todo con *politics*. En su comienzo era un periódico de tendencias trotskistas —porque Macdonald era un trotskista un poco heterodoxo— y que después, precisamente por la influencia de Nicola, que había acercado a Macdonald a las ideas anarquistas, se había orientado hacia una línea libertaria. Era una revista muy interesante, se leía mucho: colaboraban en ella, desde París, Andrea Caffi y Mario Levi, que habían sido amigos de Nicola durante su exilio en Francia. Entre los americanos, escribía en ella James Agee. Entre *politics* y *Partisan Review* había un notable disenso sobre el tema de la guerra. *Partisan Review* apoyaba por completo la participación de Estados Unidos en la guerra, tal como se llevaba a cabo con los bombardeos sobre Dresde y otras ciudades alemanas; *politics* era más pacifista, desaprobaba la destrucción de las ciudades, y hubiera preferido que la guerra, ya prácticamente vencida, concluyese sin masacres innecesarias. Nicola era de esta idea.

Para nosotros Nicola era un maestro. No lo digo sólo por mí (por aquel entonces yo era una profesora al comienzo de su carrera), sino para todos. Ese otoño, por vez primera, yo debía comenzar a enseñar literatura rusa en la universidad, y no sabía mucho sobre esa cultura. Con Nicola y con Dwight, pero sobre todo con Nicola, hablábamos durante noches enteras sobre Tolstói y Dostoievski, y con esas conversaciones él cambió mi vida, en muchos sentidos. Por ejemplo, yo prefería a Dostoievski, él a Tolstoi: me convirtió. Es sólo un pequeño ejemplo de su influencia, en un ámbito en particular. Como influencia general, digamos que Nicola introdujo en nuestro círculo americano algo de Europa: una Europa distinta no sólo de América, sino también

de esa otra Europa que nosotros habíamos conocido hasta entonces sólo a través de Proust y de Gide, la Europa convencional de la novela moderna. Nicola nos trajo ideas más radicales (en el sentido que le damos a esta palabra en Estados Unidos), y nos proporcionó, no sé cómo decirlo, el meollo, o mejor dicho, el fundamento filosófico de la política. Con él recorrimos todos los estadios de la teoría política, desde el trotskismo al marxismo, yendo siempre más atrás, hasta Proudhon y los utópicos del siglo XVIII.

Eso es, la Utopía. Fue precisamente eso lo que descubrimos gracias a Nicola. No se puede decir, desde luego, que fuese optimista, pero siempre tenía una visión más amplia que los demás. En él había pesimismo, pero también un gran refinamiento del pensamiento, sobre las grandes líneas clásicas. Esto en Estados Unidos no existía, al menos por lo que yo sé: el suyo era un pensamiento más generoso que el que se había difundido en nuestros círculos intelectuales.

Entonces sabíamos muy poco de su pasado. No nos hablaba de él. Sus años de exilio, la guerra en España como piloto en la escuadrilla de Malraux, la huida de Francia, todas estas cosas las hemos sabido poco a poco, y no por él. Su leyenda ha crecido a través de testimonios muy diversos. Hemos sabido por otras personas cómo tuvo que cargar con su primera mujer, enferma de tuberculosis, en mitad de una tormenta, huyendo sin dinero a través de una Francia invadida por los alemanes. Y cómo ella, tísica, en esa huida bajo la tormenta, murió del esfuerzo. Nunca me atreví a preguntárselo, pero sé por un amigo suyo que él mismo tuvo que cavar su tumba.

Un estadounidense que se encontraba en Toulouse para ayudar a los prófugos políticos, me contó otra historia de aquel tiempo, una historia típica de Nicola. Su organización había suministrado documentos falsos a todos los exiliados antifascistas. Un día aparece un policía, se acerca a Nicola y le dice: «Los documentos, por favor». Y él le responde: «¿Los verdaderos o los falsos?». Le metieron en la cárcel, y no sé cómo hizo para salir.

Cuando lo conocí ese verano, Nicola ya llevaba en Estados Unidos más de dos años, y se había hecho un círculo. Se mantenía de colaboraciones con periódicos y enseñando literatura inglesa en un instituto. Escribía directamente en inglés, y su estilo era exquisito: seco, directo, irónico, siempre muy límpido, muy puro. Solía decir que, para un italiano, escribir en inglés era un modo extraordinario para escribir mejor en su lengua, librándola de la retórica. Él odiaba la retórica, bajo todas sus formas. Recuerdo, en un ensayo que escribió muchos años después (y que yo traduje) su opinión sobre el modo en que Sartre había rechazado el premio Nobel. A

Nicola le resultaba insoportable no la sustancia de la elección, sino toda la retórica que la había acompañado. Hizo un análisis minucioso y despiadado de ella. Sentía respeto por la honestidad de Sartre, pero sentía por sus inclinaciones retóricas una profunda antipatía intelectual.

He hablado de Nicola en el mar. En Nueva York vivía en pleno centro, en la Calle 8, cerca de Washington Square. Una sola habitación, creo recordar. Yo iba a menudo; por aquel entonces ya estaba casado con Myriam, e invitaban a muchos amigos, y se turnaban para cocinar. En la cocina era también un genio. Hacía lasaña al horno y otros platos italianos, muy bien condimentados, muy buenos. Qué noches tan agradables. Sobresalía todo el tiempo su faceta más divertida. Igual que sobre los grandes asuntos de la política y de la historia era serio y meticuloso, sobre el resto de asuntos se mostraba espabilado, agudo e irónico. Atento a todo, también a cómo vestían las mujeres. Un día estábamos hablando de la mujer de un amigo nuestro; yo estaba criticando su forma de vestir, y recuerdo que dijo: «Es una petulante». Había dado en el clavo.

Hay un libro mío, que escribí en 1949, donde está representada la figura de Nicola. Se titula *El oasis*, y trata de un grupo de personas que se han retirado del mundo, en una montaña, para crear en ella una sociedad libre y justa. Nicola no es propiamente un personaje, porque no aparece nunca directamente, pero de alguna forma está siempre presente: es el Fundador, que ha desaparecido no se sabe por qué razón, quizá siga vivo, quizá esté muerto, no se sabe; se le describe una sola vez y de refilón. Son las ideas del Fundador las que personas corrientes como nosotros tratamos de poner en práctica en la montaña. Pero, como sucede siempre, también sus ideas resultan traicionadas por sus discípulos. Se forman dos grupos, los «puristas» y los «realistas», que se destrozan mutuamente en el plano ideológico. Y esto al Fundador no le habría gustado. Su idea era vivir con sencillez, sin puritanismo ni sectarismo, como una elección que no debía imponerse, con atención a la noción de límite.

Este del «límite» era un concepto muy importante en el pensamiento de Nicola. ¿Qué quería decir? Entre otras cosas, esta: que una acción no se define únicamente por su naturaleza, sino por su medida. Hacer diez veces algo es una cosa, hacer veinte veces lo mismo, es otra cosa. Para Nicola, querer obtener un cambio a través de la conquista inmediata e integral del poder, era una estupidez, porque al perseguir el poder, se desvirtúa y se supera el límite: se crea una contradicción entre lo que se quiere y entre lo que se tiene al imponerlo. Siempre a propósito del límite le gustaba contar una historieta.

En China un campesino tenía una pequeña finca. No había agua, y todos los días, con mucho esfuerzo, debía ir a buscarla muy lejos, para la casa y para su huerta. Otro chino, campesino como él, le dijo: pero, perdona, ¿por qué no haces como yo? Y le hace ver todo un sistema de ruedas, poleas, cuerdas, canales de bambú, etc., para extraer el agua de un pozo y hacerla llegar adonde hiciera falta sin partirse la espalda. El primer chino lo contempla todo, y después dice: no lo quiero. ¿Por qué? Porque de esa forma el agua se volvería muy astuta. Es una historieta típica de Nicola. La desconianza en una tecnología que no tenga en cuenta los ritmos de la naturaleza. Él decía siempre que en el mundo moderno no había salvación posible si se aceptaba el progreso técnico por principio, sin reservas, y se aplicaba a todo lo que éste propusiera.

No recuerdo haberle visto nunca enfadarse por cosas personales. Pero sí por las ideas. Por éstas, era capaz incluso de enfurecerse: recuerdo una intervención suya, en un teatro, que dejó a la gente casi asustada. Había cosas que no soportaba. Una era la estupidez, si superaba un cierto límite. Otra eran los ataques y atentados contra la libertad.

Este hombre, que no era liberal, amaba la libertad con una pasión absoluta, total. Le gustaba repetir una frase de su amigo Caffi: yo no odio a nadie. Solamente odio a los mediocres satisfechos de sí mismos. El espectáculo de la mediocridad complaciente y satisfecha lo sacaba de quicio. Un día nos escandalizó un poco, diciendo que no se puede excluir la idea de Dios, que hacerlo era absurdo. Para nosotros, que la excluíamos por completo, esto fue entonces un auténtico *shock*. Y recuerdo también cómo una vez me dijo: «después de la experiencia que he tenido en España, ya no me es posible ver la guerra como un medio útil para resolver las cosas». Pero incluso en ese momento, fiel al concepto de límite, añadió de inmediato: «Yo no. Otros tal vez puedan». Respetaba a las personas.